

—Gracias, piadoso príncipe, contestó Cano.

Y pasó con la más perfecta tranquilidad de ánimo los diez días que le daba la ley de Tiberio. Pasado este término no estaba jugando á los dados, cuando entró el centurión. «Espera que cuente los puntos,» le dijo. Y como lloraran sus amigos: ¿Por qué os afligís? les preguntó. Disputáis por saber si el alma es ó no inmortal; yo voy á saberlo ahora mismo. — ¿En qué estás pensando? le preguntó un amigo en el momento de ir á decapitarlo. — Quiero observar si en este rápido momento se siente salir el alma del cuerpo (1).

Pero dejemos en Suetonio y Dion la vergonzosa historia del tercero de los Césares. Para referirla, necesitaríamos su lengua, que no vacila ante ninguna palabra ni ante hecho ninguno. ¿Ni qué provecho sacaríamos tampoco de seguir más tiempo en contacto, por decirlo así, con ese monstruo de cinismo y crueldad? Nos daría la medida de lo que Roma podía soportar en materia de tiranía. Pero ¿no lo sabemos ya?

No será inútil, sin embargo, referir una última escena donde se verá á qué grado de insolencia había subido Calígula y á qué grado de vileza había bajado el senado.

Durante mucho tiempo había vituperado Calígula á Tiberio y alentado á los que hablaban mal de él. Un día, sin embargo, pronunció en la curia un discurso estudiado que á su parecer debía asegurarle la gloria del hombre más elocuente del siglo, tomando por tema el elogio de Tiberio y la mengua de los que lo atacaban. «A mí, vuestro emperador, me es lícito hacerlo; pero vosotros cometéis una impiedad vituperando á vuestro antiguo jefe.»

Entonces produjo los escritos, que en los comienzos de su principado suponía haber quemado; hizo que los leyeran sus libertos y de ellos dedujo la prueba de que los senadores habían enviado á la muerte á todos los ejecutados del último reinado, los unos haciendo el oficio de acusadores, los otros el de testigos falsos, todos dando el decreto de condenación.

Y añadió esta terrible verdad:

«Si Tiberio cometió alguna injusticia, no debíais colmarlo de honores en vida, ni ¡por Júpiter! vituperar después de su muerte lo que vosotros mismos consagrasteis por decreto. Vosotros sois los que habéis observado con él una conducta insensata y culpable; vosotros los que matasteis á Seyano corrompiéndolo con el orgullo de que lo inflaron vuestras bajezas. Así, todo esto me hace pensar que no puedo esperar nada bueno de vosotros.»

El discurso terminaba con la inevitable prosopopeya que enseñaba la escuela y exigían los retóricos. El mismo Tiberio intervenía. «Tienes razón, hijo mío, y has dicho la verdad. Por eso nada de amistad ni compasión para con ellos. Todos te odian y si pueden te matarán. No te cuides de serles agradable ni te es e sus palabras. Tu placer y tu seguridad sean la medida de toda justicia. Asegura lo uno y lo otro y verás cómo te honran esos hombres. Si obras de otro modo, recogerás en apariencia una vanagloria, y perecerás víctima de sus conspiraciones. El que manda es temido y respetado, mientras es fuerte, y se ve amenazado y rodeado de puñales, cuando se le cree débil.»

(1) Séneca, *de Tranq. an.* 14. Dion (LIX, 9) atribuye á Calígula una buena disposición. Estando considerablemente reducido el orden ecuestre, llamó á él á los más nobles personajes de las provincias; y para disminuir el poder del procónsul de Africa, dió el mando de la fuerza que residía en esta provincia al legado de Numidia; disposición que se conservó (*Ibid.* 21).

Teniendo Calígula que se perdiera para la posteridad esta página de elocuencia la hizo al punto grabar en una lámina de bronce.

El senado creyó que había llegado su última hora. Bajo la impresión de estas palabras ultrajantes y de estas pavorosas amenazas ¿iba á resolverse algún acto viril? El día siguiente se reunió. Sus oradores compiten en elogios celebrando á cual más la franqueza del emperador, su piedad para con Tiberio, su indulgencia para con el senado. Los Padres Conscriptos le conceden la ovación por haber vencido sus justos resentimientos, y para conmemorar para siempre su magnanimidad decretan que el aniversario de la sesión en que les fué leída la famosa arenga, se ofrezcan sacrificios á Su Clemencia, como en las fiestas del Palatino, llevándose al mismo tiempo su estatua al Capitolio rodeada de coros de niños de las más nobles familias, los cuales cantaran himnos en honor del príncipe.

Aquellos hombres eran dignos unos de otros: los súbditos valían tanto como el amo y todos merecían sufrir la eterna é inexorable ley de expiación que domina la historia y hace su moralidad. Las víctimas pagaban por su cobardía y por sus vicios, como el verdugo pagará pronto por su crueldad.

La fuerza de un poder no se mide por su violencia. A pesar de tanta sangre derramada, aquel desastroso reinado había aflojado los resortes del gobierno, rebajado la dignidad del imperio y comprometido la paz pública. Para que la administración fuera más uniforme, aprovechaba Tiberio toda ocasión de reducir á provincias romanas los reinos aliados; Calígula no se tomaba estos cuidados; dió la Itúrea á Soemo, la segunda Armenia á Cotis, parte de la Palestina á Agripa y devolvió la Comágena á Antfoco, añadiéndole, en indemnización de los diez años de reinado que había perdido, parte de la Cilicia y una gran suma de dinero. Verdad es que poco tiempo después deshizo todo lo que había hecho. Artaban había expulsado á Mitrídates de la Armenia, y en vez de sostener al rey expulsado, Cayo lo aprisionó y dió la Armenia á los partos. Llamó á su corte á Tolomeo, rey de Mauritania; después, irritado de la curiosidad de que era objeto, lo hizo matar. Los súbditos de Tolomeo se sublevaron y fué menester una larga guerra para poder reducirlos.

Tiberio era severo con todo el mundo: había acostumbrado á la obediencia á los grandes, como á los soldados, al pueblo y á las provincias; cada cual estaba en su puesto. Cayo reemplazó esta necesaria disciplina con la más caprichosa tiranía y una confusión desordenada. En el teatro gustaba de ver confundidos nobles, mendigos y caballeros, fiel imagen del caos de su espíritu y de su caprichosa voluntad. Hoy hacía acuchillar á la multitud y mañana les repartiría millones. Les distribuía frutas, pájaros raros, y dejaba á Roma sin un saco de trigo, pero con fiestas y juegos para todos los días.

Los soldados recibían larguezas por hazañas ridículas, y otras veces quería diezmar ejércitos enteros. Lisonjeaba á los pretorianos, permitiéndoles toda licencia, y se rodeaba de una *legión celtica* formada de groseros y violentos germanos que merecían todo su favor.

Si los provinciales le enviaban diputados, los recibía en medio de sus arquitectos, y los obligaba á ir detrás de él recorriendo sus palacios y jardines, escuchando á los operarios al mismo tiempo que á los oradores, mezclando sus órdenes para los albañiles con las contestaciones á los enviados. De modo que no se hacía ya nada, y sin algunos hombres formados en la escuela de Tiberio, á buen segu-

ro hubieran estallado turbulencias en muchos puntos (1).

Por espacio de cuatro años nadie en el pueblo, en el ejército ni en las provincias, protestó contra estas saturnales del poder. Todo el imperio estaba como el hombre de Lyon, mirando con asombro aquella nunca vista extravagancia. Sin embargo, cuando Cayo volvió de la Galia á Roma con amenazas para los senadores, á los que no permitió que salieran á recibirlo, para el pueblo mismo, sintiendo que no tuviera una sola cabeza para tener el gusto de cortársela de un golpe, se formaron conspiraciones contra aquel insensato «que la naturaleza había engendrado para oprobio y ruina del género humano» (2).

Dos de estas conspiraciones fueron, para mal de muchos, descubiertas; pero la tercera tuvo feliz logro. Un tribuno de los pretorianos, Quereas, á quien Calígula trataba de cobarde y afeminado, reclamó el derecho de dar el primer golpe.

El 24 de enero del año 41, se celebraba en un teatro provisional, construido al pie del Palatino, un espectáculo en honor de Augusto, á cuya fiesta debía asistir el emperador. A eso del mediodía salió el tirano para ir á tomar un momento de solaz, y dejando que su guardia germana tomara la calle que conducía al palacio, penetró él en una galería apartada que disminuía el camino.

Quereas, de servicio aquel día, lo siguió con los conjurados y le dió el primer golpe, hiriéndolo con su espada en la cabeza. Calígula intentó huir, pero mal herido, cayó y lo remataron con treinta heridas más (3).

II.—TENTATIVA DE RESTAURACIÓN REPUBLICANA CLAUDIO (41).

Hemos visto lo que el poder absoluto había hecho de los dos primeros sucesores de Augusto; cómo había turbado y corrompido en los últimos años la firme inteligencia de Tiberio, y desde los primeros días pervertido en Calígula un espíritu débil y arrebatado que se hundió bajo la doble embriaguez de una autoridad sin límites y de pasiones sin freno. Este imperio, que, á decir verdad, no tiene instituciones, irá así, al azar de las circunstancias, de un tirano á un loco, y cuando encuentre un buen príncipe podrá dar gracias á los dioses, porque no será la sabiduría de los hombres la que haya preparado una dominación benéfica.

A la noticia de que Calígula había sido asesinado, sus soldados germanos se precipitaron en el palacio imperial y pasaron al filo de la espada á cuantos allí encontraron, pereciendo así tres senadores; después, volviendo al senado, de donde Calígula salía cuando cayó en manos de Que-

(1) Josefo, *Ant. Jud.* XIX, 4. No había ya trigo en la ciudad á su muerte, sino para una semana escasa. Las únicas cosas útiles que había hecho fueron dos acueductos en Roma y algunos fondaderos cerca de Reggio y en Sicilia para los barcos que traían el trigo de Egipto, y todavía no acabó estas obras (Suetonio, *Calig.* 21; Josefo, *Ant. Jud.* XIX, 1; Frontin, *de Aqued.*). Hizo colocar en el circo del Vaticano el grande obelisco (Plinio, *Hist. nat.* XVI, 40; XXXVI, 9; Suetonio, *Claud.* 20). Noto como un rasgo de las costumbres de la época que permitió asistir á los espectáculos sin calzado, «antiquísima costumbre, añade Dion (LIX, 7), observada á veces en los tribunales practicada con frecuencia por Augusto en las asambleas, y abandonada por Tiberio.» En cambio autorizó á los senadores á asistir á los juegos con sombreros tesalios para preservarse del sol (*Ibid.*).

(2) Séneca, *Cons. ad Pol.* 36.

(3) Quereas envió á matar á la mujer del tirano, Cesonia, y á su hija de dos años. El senado quiso notar de infamia á Calígula; Claudio se opuso; pero hizo derribar sus estatuas en una noche. No fué pues declarado tirano; sólo su nombre, como el de Tiberio, quedó suprimido de la lista de los emperadores (y no hacemos mención de ellos, dice Dion, ni en nuestros juramentos ni en nuestras suplicaciones.)

reas, penetraron en el recinto espada en mano y gesto feroz. El senado, los caballeros, el pueblo mismo esperaba una matanza; y á cada instante se trasladaban heridos ó se acumulaban cabezas humanas en un altar. Pero habiendo llegado un pregonero á anunciar que el emperador, en vez de herido, como se creía, estaba muerto, el celo de los germanos flaqueó y se retiraron sin cometer más atropellos.

Libre ya el senado se reunió luego al punto; y como el populacho pidiera venganza alrededor de la curia, hizo que lo arengara Valerio Asiático, que alabó en alta voz el hecho: «¡Pluguiera á los dioses que yo mismo le hubiera dado muerte!»

Los republicanos encontraban ya una situación según sus deseos. Parecíales que la experiencia de un gobierno monárquico deseado por muchos, debía ahora influir en los ánimos de todos, y como Cayo no dejaba hijos ni colega de su poder tribunicio, el porvenir no estaba comprometido. Nada pues impedía volver á la república. Quereas lo decía; sus colegas pedían la abolición del principado: hasta se hablaba de abolir también la memoria de los Césares, de derribar sus templos, y el senado se abandonaba á la dulce esperanza de recobrar su poder.

Para hacer girar la revolución en su provecho procuró dominar y dirigir el movimiento. Por un decreto honró á Quereas y á sus cómplices con el título de restauradores de la libertad; por otro condenó la memoria de Cayo y ordenó á los ciudadanos que se retiraran tranquilamente á sus casas y á los soldados á sus alojamientos con promesa de alivio de impuestos á unos y gratificaciones á otros.

Quereas se había atraído á los soldados de cuatro cohortes, y llegada la noche hizo lo que no se había hecho desde cerca de un siglo atrás, ó sea pedir la seña á los cónsules que le dieron la palabra *Libertad*.

Como en los idus de marzo, los conjurados de ahora no habían formado plan para después de la muerte del tirano y se perdía el tiempo en palabras. Pero ¿dónde estaba la fuerza desde que las armas no se mezclaban ya con la toga? El senado era incapaz de tomar una resolución viril, y en frente de esta decrepitud, se levantaba un poder confiado, altivo, resuelto: los pretorianos que tenían una fortaleza á las puertas de Roma, armas, la disciplina militar y un interés evidente en no dejar que el Estado volviera á los días en que todo se hacía en la curia, en el foro, y nada en el ejército.

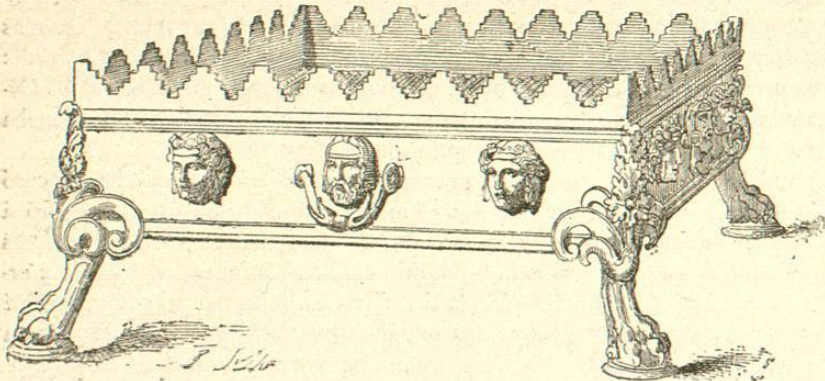
Mientras el senado deliberaba obraron ellos. Claudio, el hermano tanto tiempo despreciado de Germánico, estaba con su sobrino algunos momentos antes del atentado: espantado del tumulto y de los gritos de muerte que resonaban en el palacio, hubo de ocultarse en un rincón oscuro. Allí lo descubrió un soldado y lo presentó á sus camaradas. Claudio les pidió la vida. «Sé tú nuestro emperador,» le contestaron. Y como Claudio temblaba hasta el punto de no poder andar, se lo llevaron á su campamento.

El senado envió allí algunos de sus miembros para reconvenir á Claudio por esta usurpación de la tiranía é intimarle que esperara las decisiones del consejo supremo de la república, invitándolo á concurrir al senado á deliberar con todos. Los diputados hablaron con firmeza, pero muy pronto comprendieron que las cuatro cohortes de Quereas, los esclavos que los magnates armaron, la autoridad consular y los decretos de los Padres serían muy débil obstáculo para aquellos veteranos. Echáronse á los pies de Claudio y le conjuraron que evitara una guerra civil, añadiendo en voz más baja que si quería el imperio, lo pidiera á lo menos al senado.

Claudio contestó primero con palabras encubiertas; después, llevado de los consejos del rey de los judíos, Agripa, y de las instancias de la gente de guerra, no dió ya al segundo mensaje más contestación que la promesa de un gobierno moderado, en que tendría el senado gran parte de influencia.

Finalmente, con una decisión de que hasta entonces no había dado nunca pruebas, arengó á las tropas, les recibió juramento, les repartió dinero (1) y lo prometió á los soldados de las legiones, á la manera del donativo concedido á sus soldados por un general victorioso, el día de su triunfo. Les pagaba el precio del imperio. Los soldados erigieron en ley esta costumbre, y un día harán del imperio un dominio en venta para el mejor postor.

Los cónsules que debían heredar el poder devuelto al senado, no renunciaban á la esperanza de conseguirlo, y durante la noche dispusieron en los sitios á propósito para



Brasero (Foculus) conservado en el Museo de antigüedades de Lyon.

prevenir una sorpresa las cohortes urbanas siempre celosas de los pretorianos y por consiguiente afectas al senado, y reunieron alrededor del Capitolio gran número de gladiadores, los soldados de marina, las cohortes de los vigilantes y algunos pretorianos que Quereas había arrastrado.

Tomadas estas precauciones y antes de amanecer, convocaron el senado en el templo de Júpiter. Pero la situación se hacía peligrosa; el miedo detuvo á los tímidos que eran muchos y apenas respondieron cien senadores al llamamiento de los cónsules. Estos á lo menos parecían decididos á arrostrar todos los peligros, y en contestación á un mensaje pacífico de Claudio exclamaron que jamás volverían voluntariamente á la servidumbre: era una declaración de guerra.

Claudio les envió á decir por conducto de Agripa que puesto que querían combatir, no tenían más que elegir un campo de batalla fuera de Roma para que á lo menos no se mancharan con sangre de ciudadanos la ciudad ni sus templos. Esta seguridad del príncipe y las deserciones que se

(1) 15,000 sestericios, unos 3750 francos por individuo (Suetonio, *Claud.* 10). Josefo dice 5 000 dracmas, ó una cuarta parte más. Con una ligera diferencia de peso la dracma venía á ser equivalente al denario romano, que era el cuádruplo del sestercio. El donativo era una pésima costumbre, pero de origen republicano como las distribuciones de trigo á bajo precio. En cada triunfo abandonaba el general á sus soldados una parte del botín. Pompeyo dió así 6 000 sestericios á cada soldado (Plinio, *Hist. nat.* XXXVII, 6), y César 20,000 (Dion, XLIII, 21). El uso republicano era muy legítimo, porque estas gratificaciones, después de la victoria, se hacían á costa de los vencidos y sólo participaban de ellas los vencedores. No fué así el uso imperial, como quiera que gravaba desde luego el tesoro público y se concedía indistintamente á todos los soldados; ni fué tampoco recompensa de un verdadero servicio prestado al Estado, sino á la causa del emperador.

multiplicaban entre los defensores, desalentaban el ánimo de los más resueltos, cuando estalló un gran tumulto á las puertas mismas de la curia: los soldados con quienes se había contado pedían á su vez un emperador, dejando sólo al senado la incumbencia de elegir al más digno.

Con esto, los partidarios de la república guardaron silencio y las ambiciones estallaron en la asamblea. Un cuñado de Cayo, Minuciano, ofreció encargarse del peso del imperio; Valerio Asiático reclamó para sí el honor de esta carga; Escriboniano y otros se ofrecieron con la misma abnegación.

Mientras los cónsules discutían sus títulos, Quereas arengaba á los soldados, esforzándose en hacerles comprender la mengua y vergüenza de amar tan poco la libertad. «¿Pedís un emperador! les decía. En buen hora; yo os lo daré en cuanto me traigáis una orden de Eutrico.» Era éste un auriga del circo, favorito de Cayo y en vida de él poderoso.

Los soldados seguían el tumulto pidiendo á voz en grito á Claudio por emperador. «¿Después de un loco, un idiota! les decía Quereas. Bien, pues lo pedís, yo mismo iré á traerlos su cabeza.» Estas palabras produjeron mal efecto entre la soldadesca. «¿Por qué combatir contra nuestros amigos y hermanos cuando tenemos ya emperador?» dijo el más resuelto de los soldados. Y sacando su espada tomó el camino del campamento pretoriano, siguiéndolo todos sus compañeros. El populacho los había precedido ya para mendigar él también algún donativo del fausto acontecimiento.

Solos ya los senadores se reprocharon unos á otros su loca temeridad. Después, dejando allí el Capitolio y sus sueños republicanos, corrieron á recibir al que poco antes proscrribían. Algunos fueron heridos por los furiosos pretorianos y hubieran sucumbido muchos sin la intervención de Claudio.

Quereas había dado un ejemplo peligroso, y al ejercer su imperio el nuevo príncipe, lo envió al suplicio. A él fué con ánimo entero. «¿Sabes matar? preguntó al soldado encargado de su ejecución. Acaso tu espada no esté bien afilada; la que me sirvió á mí para matar á Calígula era mejor.» Y quiso que lo mataran con ella.

Algunos días después se celebraban las *Parentalia*, fiestas fúnebres en que cada cual hacía libaciones en honor de sus difuntos, y muchos ciudadanos mezclaron á Quereas en estos sacrificios domésticos. Suplicábanle que les fuera propicio y olvidara su cobarde resignación.

Algunos de los cómplices de Quereas perecieron con él: uno de ellos, Sabino, que Claudio quería asociarse, rehusó la vida y se arrojó sobre su espada con tanta violencia que le entró en la herida la empuñadura del arma (2).

Tal fué esta revolución abortada, la cual probó lo que sabíamos ya: las ambiciosas esperanzas de algunos nobles, el servilismo del senado, la indiferencia de los ciudadanos, que no son ya más que los burgueses de Roma, y sobre todo la flaqueza del poder civil que no pudo hacerse respetar de algunas cohortes. No fué el ejército, no fueron las veinticinco legiones las que habían vendido el imperio y vencido al senado sin sacar la espada, sin salir de su campamento; habían bastado algunos millares de pretorianos.

(2) Josefo, *Ant. Jud.* XIX, 1, 4, y *Bell. Jud.* II, 18. Afirma que el pueblo miraba el poder imperial como un freno necesario para contener los designios y violencias de los grandes, nuevas guerras civiles y los males que Roma había sufrido en otro tiempo.

¡Cuán rápidamente han caído los velos tan hábilmente tendidos por el primer príncipe sobre la constitución imperial! El cuarto emperador no es más que el elegido de unos cuantos hombres armados, á los que se agregó el populacho de Roma. Habían bastado veintisiete años, pasados desde la muerte de Augusto, para asegurar esta preponderancia de la soldadesca, que hemos presentado como el término inevitable y fatal de la institución cesárea.

Vese pues lo que había en la base del imperio: una causa permanente de revolución; Claudio nos muestra lo que había en la cúspide: un perpetuo terror. Toda su vida tuvo presente el recuerdo de Cayo asesinado: rodeóse de guardias, no ya sólo en palacio, sino también en el senado y hasta en los festines, donde en lugar de esclavos lo servían soldados, mientras otros lo rodeaban armados de lanza. Nadie se le acercaba, ni siquiera una mujer ó un niño, sin que se le registrara para cerciorarse de que no llevaba armas ocultas, y en casa de sus amigos no entraba hasta haber hecho registrar todos los rincones de la habitación y hasta los colchones de las camas. Precauciones inútiles; se guarda de la espada y del puñal, sin pensar que ha de morir á veneno; teme y vigila á todo el mundo, y ha de morir á manos de su propia esposa!

Claudio tenía entonces cincuenta años (1). Casi siempre enfermo en su infancia, había permanecido mucho tiempo en manos de las mujeres y de los libertos, al lado de Livia, su abuela, y más tarde, de su madre Antonia, que trataron duramente al pobre niño, y no se atrevían á presentarlo al pueblo ni al ejército. Todos acabaron por olvidarlo, y á los cuarenta y seis años, no era siquiera senador. No se había encontrado más que un destino que darle, el ministerio de augur, y se encargó de prever el porvenir al hombre que se creía incapaz de comprender el presente. Consolóse con el trabajo y escribió varias obras, ora en latín, ora en griego, entre otras los Anales de los cartagineses y los de los etruscos, dos libros cuya pérdida siente la historia (2). Quiso también introducir en el alfabeto latino tres letras que le faltaban y cuya reforma creía necesaria Quintiliano.

Estos pacientes estudios en bien de poblaciones extranjeras disiparon en su ánimo más de una preocupación romana y le dieron bastantes luces para ver bien los negocios públicos las más de las veces, pero no bastante voluntad para gobernar ni aun su propia casa. Como no era capaz de levantarse de suyo á la altura de su dignidad, fué durante su reinado lo que había sido en su juventud, cuando temblaba delante de Livia ó de Antonia, sin decoro ni pundonor, porque no tenía carácter, irresoluto, porque había contraído el hábito de obedecer; de modo que con las mejores intenciones, dejó hacer casi tanto mal como un príncipe detestable.

Los tiranos de Roma pueden caracterizarse por su género de crueldad: Tiberio la tenía fría y calculada; Calígula feróz; Claudio temerosa y estúpida. Fué el primero que dió á los romanos el extraño espectáculo de un gobierno de serrallo, en que las mujeres y los esclavos son omnipotentes. Los que entonces lo dirigían eran su mujer, Mesalina, de

(1) No pertenecía ni aun por adopción á la familia de los Julios, que por medio de esta ficción legal, se había perpetuado hasta entonces en el poder. Era nieto de Antonio y de Octavia por su madre Antonia, y de Livia por su padre Druso, hermano de Tiberio.

(2) Creó en Alejandría un nuevo Museo, donde se debía dar anualmente lectura pública de sus dos historias (Suet. *Claud.* 42); vanidad pueril, pero al mismo tiempo esfuerzo laudable para obligar á los griegos alejandrinos á estudiar los pueblos de Occidente. Este Museo Claudio, cuya existencia debió de asegurarse con alguna dotación, subsistía aún en tiempo de Ateneo, á principios del siglo tercero.

vergonzosa celebridad, y los servidores que habían envejecido en su casa.

III. — LOS LIBERTOS. — REFORMAS Y OBRAS PÚBLICAS.

En la antigua Roma, la constitución y las costumbres eran contrarias á los libertos, porque todo se hacía en público y por los ciudadanos. No sucedió lo mismo bajo el imperio, donde el príncipe tuvo necesidad de hombres de confianza, cuya vida se ligara á la suya. Los libertos tienen muy mala fama, y la merecen por su espíritu de adulación y servilismo. Pero, en primer lugar, este espíritu era el de



Estatua de Calígula (3)

todos desde la jornada de Accio, así de los más grandes como de los más pequeños, de modo que no era un nuevo elemento en la sociedad romana; luego, la clase de los libertos suministraba necesariamente hombres distinguidos, porque resultaba, lo he dicho ya y hay que repetirlo á causa de una preocupación contraria, resultaba de una especie de selección natural hecha en el seno de la inmensa multitud de hombres caídos en la servidumbre. Entre los que habían nacido en ella ¿cuántos no tendrían algún derecho á creerse hermanos ó hijos de sus amos? ¿No es sabido, por otra parte, que los más inteligentes recibían enseñanza y permanecían en la casa, como escribientes, gramáticos, preceptores, artistas, médicos, ó como hombres de confianza para administrar los bienes de sus patronos? ¿Cuántos esclavos turcos, por las mismas razones, llegaron á ser bajáes y visires?

(3) Bronce encontrado en Herculano (Museo de Nápoles).